

Cuando la música dejó de traerse nada más por dentro y cómo lo cuenta en un libro Héctor Gómez Vargas

Alejandro García

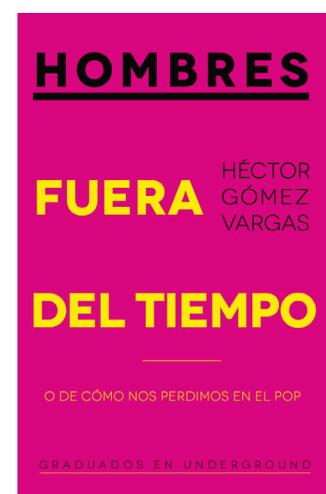
Recordé que cuando abandonaba la infancia, me encontré con la música de los Beatles y, gracias a ello, se me reveló un mundo nuevo. Fue como un despertar. Sentí que cobraba vida y entusiasmo, me interesó avanzar hacia un futuro. Conocí la inquietud y la vitalidad, la voluntad de buscar una identidad, develé una forma de entender y habitar el mundo, de construir un espacio y un tiempo propio de vida. Como lo expresa Kureshi cuando habla de su experiencia infantil con los Beatles, para mí cada gesto, cada guiño, cada palabra, cada sentimiento e idea que provenían de su música y de su imagen, eran parte de una cultura que estaba inventándose y de la que yo quería ser parte.
Héctor Gómez Vargas

Héctor es otro demente (su término, no el mío) al que le importa hablar de música. Y he tenido la suerte y el privilegio de hablar mucho con él. La música nos ha servido como centro de gravedad de un montón de inquietudes y obsesiones compartidas.
Esteban Cisneros

I

El siglo XX sangró a las juventudes con dos guerras mundiales, además de los conflictos regionales o internos. El viejo sueño del dictador José Gaspar Rodríguez de Francia de que los niños paraguayos, en los umbrales de la independencia, aprendieran música marcial y el arte de la guerra fue el sueño del poder en la mismísima Modernidad. Se creía para defender a la patria o lo que fuera su sinónimo/sucedáneo. El arrebatar territorios era parte de ese proyecto, ampliar las fronteras. Foucault muestra paso a paso el proceso de adiestramiento del cuerpo para el combate y la productividad: los hábitos y movimientos que aseguran una mano de obra combativa, primero y, siempre y cuando sobreviva, productiva.

La primera guerra trajo notables novelas, además de las propias de la Generación Perdida (*La paga de los soldados*, 1926), pongo como ejemplos *Johnny tomó su fusil* y *Sin novedad en el frente* (la novela de Remarque es de 1928, la de Trumbo es de 1939, año en que inicia la segunda conflagración). Las juventudes arrancaron su camino al abismo entre desfiles, marchas triunfales y loas de políticos y familiares, padres, hermanas,



Héctor Gómez Vargas,
*Hombres fuera del tiempo
o de cómo nos perdimos
en el pop*, Gradados en
Underground/ Ediciones de
las Sibilas, León (Gto.), 2023.

esposas, novias. Regresaron, los que sobrevivieron, a insertarse en una sociedad que se había movido durante esa ausencia, pero que ahora necesitaba mano de obra fuerte para responder a las necesidades del mundo en paz. Algo habría que hacer con los trofeos de la épica.

La segunda guerra no dio tiempo a esa aquilatación de la juventud. La realidad de los campos de muerte (en todos los frentes) de los vencidos y el juicio de Nuremberg agregado al urgente levantamiento de los derrotados para que no cayeran del otro lado en la división nueva del mundo en el caso especial de Alemania dejó de lado la cantidad de muertos en combate y de los ganadores de secuelas como la mutilación o la locura. Mientras se liquidaba el colonialismo, se entraba a la disputa que se conoció como la guerra fría.

La guerra de Corea recicló la petición de sangre joven. Vietnam mostró la contradicción de Estados Unidos por un lado alentando la descolonización, «la libre determinación de los pueblos», y por otro entrando, al relevo, a la riña de mantener el dominio en Indochina. En alguna provincia mexicana la guerra fría se cristalizó en el célebre «Cristianismo sí, comunismo no». Pero algo venía fermentándose en el seno de las sociedades y era esa toma de posición de los jóvenes, a través de la música especialmente. En las entrañas del monstruo herido, los Beatles; en las del nuevo policía, Elvis Presley. La vida al cuerpo en el centro de los acontecimientos y de los discursos. De Elvis a los Beatles se centrifuga una serie de posiciones marginales que asaltan el cielo, en este caso terrenal, como lo dijera Marx.

Hombres fuera del tiempo o de cómo nos perdimos en el pop (León, Gto., Méx., 2023. Graduados en Underground, Ediciones de las Sibilas, 184 pp.) de Héctor Gómez Vargas narra esa irrupción a través de diversos puntos de encuentro y arranque. Una canción en la sala de su casa, con muy pocos años de vida, y un ¡yeah! ¡yeah! que lo sacaba del tiempo por primera vez (el primer exilio), mientras su cuerpo recibía esa sustancia intangible, sus sentidos llevaban al cerebro esa serie de informaciones, emociones, sensaciones, el pensamiento se hacía presente, lo instauraba en el mundo.

El rock representó una ruptura que permitía vivir, sentir y, sobre todo, pensar el mundo. Había que sacudir lo precedente, el régimen de lo establecido, poner en duda lo que en los hechos se presentaba como progreso. Del enemigo nazi se pasó rápidamente al enemigo comunista. Sebald escribió desde el autoexilio inglés que Alemania, sus jóvenes, no tuvieron la oportunidad de pensar las consecuencias de la guerra 1939-1945. ¿Ignoraban la existencia y el tamaño de los campos? ¿Nunca vieron las ruinas de Berlín y de los puntos de paso de los aliados? ¿Purgaron pena por el atentado contra la especie? ¿Sintieron culpa? Rápidamente se modernizó el país, se puso de ejemplo de éxito capitalista y detrás de lo que después separó un muro se puso el contraejemplo de vida. Por cierto, también allá se supo poner al pensamiento en cautiverio.

En realidad el proceso de satanización fue contra todo lo que pusiera en peligro o entredicho el mundo del capital y las izquierdas no operaron siempre con un sentido despejador, a menudo sirvieron de vacuna contra el ejercicio del pensamiento. Los jóvenes pudieron escapar de la horma literaria, lo mismo del pesimismo sartreano, el automatismo nouveauromanesco, que de los realismos comprometidos. Tuvieron que salirse de la burbuja predominante, abandonar el tiempo y repensar el mundo.

Este libro de Héctor Gómez Vargas es una vigorosa y valiosísima reflexión sobre su tiempo, ayer, hoy, mañana, y cómo el producto de ella le permitió, con la música siempre, ser parte del mundo y la cultura. Desde la militancia que da un simple seguir

una rola de Pink Floyd o Mike Oldfield cuando el cuarteto quedó en los acetatos y por lo tanto al alcance de la audiencia, pasando la reflexión profesional, hasta un pensar último donde el rock asciende, sin nostalgias patrióticas, a la altura del arte:

La estética del rock, entonces, no solamente sería la exploración y la narración de los sujetos y de los objetos de la experiencia estética, los momentos y las condiciones de contemplación, recepción y consumo del rock como arte y como cultura. Igualmente sería entender las condiciones de la *estesis* por la cual el rock le produce una experiencia a la persona, y a partir de eso la persona hace algo con el rock para definir su vida y estar expuesto a determinadas maneras de vivir (p. 107).

¿Qué pasó a la altura de los años 60 que amplió la banda de presencias en el mundo? ¿Qué hizo posible quitarle lo aburrido, moralino y formal al dominio adulto? El rock y esa música que alteró sentidos y pensamiento tuvieron lo suficiente para convertirse en una idea diferente del mundo y de las interpretaciones de este. Héctor Gómez Vargas ingresa a ese mundo que lucha contra la disonancia cognitiva, que rompe las fronteras entre centros y periferias, que actualiza e integra.

II

En mis tiempos de profesor universitario me preguntaba con frecuencia por qué no se veía reflejada en los trabajos (por los general ensayos leídos, corregidos y criticados en clase) de tan incipientes autores la música que era parte de su tiempo y, seguramente, de su experiencia, música que se escondía para mí en los audífonos sobre sus cabezas, cubriendo sus oídos, y que podía ver en los pasillos de la escuela, en bailarinas caminatas, en atestados autobuses o en los mismos salones, incluso durante la sesión escolar.

Como el dicho de Hanif Kureshi que relata el autor leonés, mi objetivo —con mucho de intuitivo— era que el trabajo o su sucedáneo en clase, ensayo, reseña, reflexión sobre obras y autores, fuera la misma cosa que su vida, bien a través del contacto con y mezcla con la música, del cine, de sus lecturas, de sus vivencias. En todo caso trataba de encontrar si se había producido ya en cada uno de esos ensayistas el *plot* o la epifanía de «hacerme presente a mí mismo», encontrarse a sí mismo.

Hombres fuera del tiempo o de cómo nos perdimos en el pop de Héctor Gómez Vargas es un recorrido por la música o un cauce donde la música se piensa, se canta, se habla, se escribe, se reescribe, significa y resignifica.

Desde luego, lo primero es lo primero, estamos frente a un libro escrito por un melómano, dedicado a las ciencias sociales que llevó el ejercicio temprano de su pensamiento y de sí mismo a la escritura. Aún mejor: a la buena escritura. Gómez Vargas es un excelente conversador/expositor, pero me parece mucho mejor escritor. Así como la música ha tenido ese momento para pensar en la estética frente a la música anterior, el siglo XX tuvo la buena práctica de estetizar la producción de áreas tradicionalmente duras o rigurosas. La buena escritura empapó la historia, la antropología, la filosofía, la sociología y, cosa de risa, las farragosas teoría y crítica literarias. La música no podía estar lejos de esta buena práctica.

Porque hay que decir que este es un libro que se deja leer. Tenemos que admitir que la buena escritura no siempre es decodificable o benévola para el oído y el pensamiento

receptor. Este libro tiene exigencias de lectura, es escrito por un hombre culto, de allí que a menudo uno tenga que ir a consultar algunas referencias: Pero tiene un punto de acceso siempre, de empatía y comunicación, puede ser la vivencia misma, la referencia a la música, a la literatura, a teóricos de disciplinas diversas como Maffesoli, Baudrillard, Benjamin, Marcus, De Certeau o Steiner. Como los anticuarios japoneses, la prosa de Gómez Vargas permite al lector alcanzarlo a los diversos niveles o quedarse cuando la competencia llega a tope. Además, siempre habrá la manera de que cada curtido lector vaya por la senda de sus propias decisiones.

A las buenas intenciones y a la desocupación del pensamiento (liberarlo de prejuicios y bastidores ideológicos, así como Cervantes pidió un lector desocupado), Héctor integró otros elementos que le fueron densificando la mirada y aguzando los sentidos (tal vez nada más usándolos): literatura, cine, arte, teorías científicas y más música. Y fue mezclando con la vida de todos los días: la propia, la de su grupo, la de su ciudad, León, Guanajuato, con quien, y personifico, a riesgo de casi ser lugar común, acaso «No nos une el amor sino el espanto;/ Será por eso que la quiero tanto».

Muy pronto nos indica uno de los núcleos de su intriga:

Para mí «descubrir» a los Beatles me permitió experimentar lo que plantea George Steiner en su libro *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*: «hacerme presente a mí mismo» y desde entonces mi pensamiento fue mi «posesión más segura» (p. 24.).

Héctor es un niño que apenas completa su lenguaje oral cuando escucha la música de los Beatles y el *yeah!* No son las palabras las que marcan, son los ecos de la música en su cuerpo, la recepción que agita y mueve y conmueve y los gestos y entusiasmos de sus hermanos. Acaso el infante ha recibido la esquirla demoniaca de que ha hablado Tournier a propósito de La Reina de las nieves, la esquirla de la diferencia, de la sensibilidad, de la crítica, de la contradicción.

Otro momento nuclear es cuando no hay más Beatles y el cuerpo y el pensamiento no se pueden quedar así. A la mano está el rock progresivo, es lo que hay y si bien no se encuentra la manifestación masiva, inocente, de los 60, está la búsqueda de una esencia de esos sonidos, ritmos, en la música. El pensamiento, que había sido echado a andar con el hito del *yeah* se enfrenta al hoy, conservando la parte provocativa del ayer. Y todo eso no escapa al fenómeno de la mercantilización y a la puja entre apocalípticos e integrados.

El riesgo de la reflexión es salirse del tiempo, la cuota de racionalidad y productividad suelen ser mezquinas con ella. La música crea un mundo, pero también otros que lo amplían. El bienvenido a la música va a la literatura, a Kureshi, uno de los renovadores de la literatura británica, cercano lo mismo a Rusdhié que a Ishiguro, los extranjeros o casi; al dream team de Amis y compañeros de ruta; a los irredentos de más allá de la frontera dentro de la isla, como Welsh, a los cercanos en edad a Gómez Vargas (1959) como Hornby (1957). Y la lista es larga: Kesey, Kundera, Auster.

Hay un momento en que este libro me recuerda el pasaje de *América* de Kafka cuando el personaje entra a un pasillo en el que están a los lados numerosas puertas. *Hombres fuera del tiempo o de cómo nos perdimos en el pop* es ese pasillo en que el lector puede perderse un buen rato, o de plano quedarse, en uno de esos espacios.

También está el cine. Cómo no acercarse al recorrido por la filmografía de Woody

Allen, sobre todo su periodo de Manhattan, y cómo no asentir frente al momento en que cualquier espectador pidió pausa frente al cine de arte con problemática social, realmente desvinculada de la más inmediata realidad y entrometida en muchos de los problemas de lugares comunes de la clase media pensante. Pero la música seguía allí. U otra vez el cine con el toquecito que representa la película de Kubrik: *2001. Una Odisea del espacio*.

Sin perder el gusto primario por la música, el autor va ascendiendo en el análisis de lo que ella representa. Un momento importante es cuando entra a examinar otros fenómenos, como el llamado Michael Jackson. Me interesaría saber lo que Gómez Vargas piensa de ese vendaval denominado Taylor Swift.

A la tarea del analista científico de la comunicación y las ciencias sociales, el autor agrega otros pliegues, como es el caso de la reflexión sobre la escritura, la distancia entre realidad y versión de ella, entre música que se siente y escucha y lo que representa. La escritura versión estable del pensamiento y del lenguaje, registro que pudiera pensarse definitivo, no lo es. La escritura pasa por varias de las etapas, acaso todas, de las que Gómez Vargas da cuenta, incluidas las reglas de discurso de cada disciplina, incluidos los requerimientos formales en la realidad en que se vive.

El pensamiento, pues, está a prueba a cada momento, forma parte de una espiral ascendente, analítica, donde el sujeto se exilia por momentos para llevar a cabo la tarea, luego regresa y coteja, revisa el discurso, lo valora. Es un compromiso extra. Si bien el libro explica que está formado por piezas escritas para diversos medios y en distintos momentos, contiene una unidad envidiable, como si la obsesión hubiera alcanzado al autor en lugar del futuro.

La segunda mitad del siglo XX siguió a un ruido por el que la vida de muchas personas se abrió a condiciones de no linealidad y equilibrio. La biografía es desde entonces un sistema abierto donde cada individuo experimenta de otra manera el tiempo, biográfico y social, y los entornos de vida se relacionan de manera distinta con el pasado (p. 146).

Esta posibilidad de estar adentro del objeto de estudio, después de décadas de negación desde el marxismo hasta el estructuralismo, le da esa libertad a *Hombres fuera del tiempo o de cómo nos perdimos en el pop*. La biografía pierde su carácter pesado y farragoso y se convierte en parte de la vida toda, esa que partimos en campos y terrenos para decir que la comprendemos. Después podemos gritar ¡Yeah! ¡Yeah! o responder a Chayito Valdés «¿Bailamos, oiga?».

Me recuerdo en un baile campestre en La Loma de la Rodriguera, Culiacán, Sinaloa, un cuadrilátero donde por un lado se encontraban las mujeres casaderas, dispuestas al baile, enfrente los hombres solteros dispuestos al baile, en otro de los lados las mujeres y hombres casados y en el último los curiosos y visitantes, bien advertidos de sus límites. Y me acordé del baile de los solteros de Bourdieu y de la música valseada que allí, en pleno calor veraniego, permitía el desliz de zapatos y botas, sobre la tierra recién mojada, en un ritual de precasorio, pero sobre todo de cuerpos atléticos, jóvenes, deseantes y deseosos, que desafiaban los interdictos y exudaban pasión y ansia de libertad extrema, una puntita del amor casi serrano.

III

Hombres fuera del tiempo o de cómo nos perdimos en el pop está dedicado a Mary Chessman, en la vida cotidiana María de Jesús Mena. Ella misma tomó el apellido de Caryl Chessman, quien fuera ejecutado en 1960 por diversos robos, después de conseguir una serie de postergaciones de la pena capital. Mary apareció muerta en la ciudad de León y se descubrió que durante el día era la secretaria Mena y por la noche encabezaba a un grupo de jóvenes en motocicleta, rebeldes sin causa, se llegó a decir. Después de una serie de conjeturas e hipótesis, resultó que simplemente había tenido un accidente en su vehículo y sus compañeros no supieron qué hacer con el cadáver.

Ciudad de mediana población, aunque siempre la más poblada de Guanajuato, León es el espacio donde Héctor Gómez Vargas recibe el toque iniciático de la música de los Beatles. Pronto aprende que no es lo mismo *rock* que *twist* o lo que algunos pensaríamos *rock* que *rock and roll*. El mal está hecho, Gómez Vargas se ha salido del tiempo de la ciudad de provincia y sus padres y hermanos le han servido proporcionándole la música de ese puente de plata. Saldrá de la ciudad amada y se formará en comunicación, otra vía alterna en aquellos años, pero aprovecha todos esos confluente que han aparecido en la vida de los estudiantes de las décadas de los 70 y los 80.

Regresa a León y se dedica a la enseñanza y la investigación. Su labor en el estudio de los medios es relevante e imprescindible para los investigadores del campo. Después transita a la música, a la vivencia, a la reflexión, a la escritura y a la publicación. Organiza reuniones, discute, actualiza, escribe y publica.

También en la década de los 60 se vivió el gran culto a la ciudad. En nuestro país la población urbana rebasó a la rural y la temática literaria fue a tratar la ciudad en todas sus contradicciones y bondades. El poema de Borges a Buenos Aires es de 1963. Pero hay referencias literarias a México, Santiago, La Habana, Lima, Madrid, Barcelona. Ahora lo que era evidente eran los procesos de centralización, el ocultamiento de las pequeñas ciudades y de la realidad rural.

Hombres fuera del tiempo o de cómo nos perdimos en el pop es un culto a la ciudad de León, a través de uno de los memoriosos, tal vez el mejor escritor, que caminó sus calles y vivió desde esa resensibilización que le proporcionó la música el desarrollo de la ciudad. Héctor no sataniza, no califica, siempre muestra a la ciudad, una ciudad que, lo digo yo, ha tenido que navegar contra el centralismo y contra la descalificación.

La ciudad está en construcción, un *work in progress*, y en ese proceso hay una tensión de fuerzas: el pasado y sus ecos nocturnos, aquellos que no ha querido encarar y más bien los ha mandado a la clandestinidad o a la invisibilidad, aparecen y conviven con aquella dinámicas que mueven a la ciudad y a sus habitantes: la vida del consumo, la vida nocturna, la presencia de una diversidad de minorías que, al encontrarse en espacios urbanos o digitales, conviven y deciden actuar y hacerse visibles (p. 134).

A escritores como Héctor Gómez Vargas ha correspondido el mostrar las contradicciones de una ciudad, tan amada, tan odiada, tan vilipendiada, como León. Fuera del tiempo de la historia oficial, a menudo la ciudad necesitó de esa música recicladora, vivificante que transformó la vida de muchos de sus habitantes.

Más aún, Gómez Vargas lanza una daga (más lúdica que épica) a partir del «hacerme presente a mí mismo» de Steiner. Lo prepara desde el epígrafe, del mismo autor:

«Poco antes de morir, Sócrates canta». El pensamiento se tiene, pero se despliega a partir de un chisporroteo exterior, de un estímulo. Al igual que el lenguaje, el pensamiento suele pasar por algo tan común que no vale la pena de ser estudiado o repensado. Desde luego, el siglo XX le dio importancia a los dos términos justamente porque la racionalidad fue más un lema que una realidad avasalladora.

El pensamiento es de quien lo tiene, pero el ser está rodeado de una serie de prejuicios, palabras, concepciones científicas o no, que estiran al pensamiento. No se diga la política y la propaganda que jalan la cobija con rabia. Así que el ejercer o elevar el pensamiento es toda una hazaña. La lucha por las ideas y por las realidades no siempre comprobables en objetos como la literatura o incluso una verdadera concepción de lo sagrado, requiere esos momentos en que el pensador se auxilia. Sócrates canta porque la palabra, su instrumento básico, no ha servido de mucho, pero el canto le permite esa otra utilización del pensamiento y con eso el ejercicio de su soberanía: la libertad.

Tristeza del pensamiento frente a los asedios contra el pensamiento. La música de los 60 sirvió de elemento liberador. ¿Y después qué? El asedio nunca termina, la capacidad para sorprenderse tampoco.

Héctor Gómez Vargas ejerce su pensamiento, con riesgos y todo, y lo hace con la música por todos lados, y lo hace escribiendo, invitando a los lectores en su soledad de pensar a compartir ese mundo que arranca alrededor de los años 60. Cada quien podrá ponerle fecha y ritmo, lo importante es mover, agitar, entrar y salir del mundo que vivimos.

Ni modo: Música, Maestro.

¡Yeah!

¡Azuquítar!

¡Yeah!